

Bauma y el valle de los unicornios

Bauma tenía seis años y una imaginación tan grande que no le cabía dentro de la cabeza. Por eso, cuando jugaba, una silla podía convertirse en un barco, el pasillo de casa era un río lleno de cocodrilos y las zapatillas viejas de su padre se transformaban en dos conejos dormilones.

Una tarde, mientras pasaba unos días en casa de su abuela, Bauma salió al jardín a buscar piedras bonitas. Encontró una redonda, otra rojiza y una tan blanca que parecía un pedacito de luna.

Estaba a punto de volver a casa cuando oyó un sonido detrás de un rosal.

—¡Tilín-tilín!

Bauma apartó las ramas con cuidado.

En el suelo había una campanita dorada. Era tan pequeña que le cabía en la palma de la mano. Tenía grabada una estrella y estaba atada a un hilo de color violeta.

—¿De dónde has salido? —preguntó Bauma.

La campanita, por supuesto, no respondió.

La niña la hizo sonar.

—¡Tilín-tilín!

Entonces las flores del jardín abrieron sus pétalos de golpe. Las hojas empezaron a dar vueltas y una luz violeta salió de debajo del rosal. El resplandor creció hasta formar una puertecita.

Al otro lado había un bosque de árboles azules.

Bauma miró hacia la casa de su abuela. Después volvió a mirar la puerta. Oía una música lejana, como si las gotas de lluvia tocaran campanitas de cristal.

—Solo echaré un vistazo —decidió.

Atravesó la puertecita.

Esta se cerró enseguida detrás de ella.

Bauma se encontraba en un bosque maravilloso. Los troncos eran azules, las hojas brillaban como estrellas y unas setas amarillas iluminaban el camino. Sobre su cabeza volaban mariposas transparentes.

De pronto, una figura diminuta bajó disparada entre las ramas.

—¡Cuidado! ¡Apartaos! ¡No sé frenar!

Bauma dio un salto hacia atrás.

La figurita cayó de cabeza dentro de una seta. Solo le sobresalían las piernas.

—¿Estás bien? —preguntó la niña.

La sacó con mucho cuidado y descubrió a un hada no mucho mayor que una cuchara. Llevaba un vestido hecho con pétalos verdes, tenía el pelo rizado y unas alas plateadas.

—Estoy perfectamente —aseguró el hada mientras se sacudía—. Quizá un poco torcida, pero perfectamente.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Chispa. Soy mensajera de la reina de las hadas. Bueno, todavía estoy aprendiendo. Y tú debes de ser la valiente que ha hecho sonar la campanita.

—Me llamo Bauma. Pero no sabía que la campanita fuera mágica.

—Las cosas más mágicas casi nunca lo parecen.

Chispa voló alrededor de Bauma y se quedó mirándola con los brazos cruzados.

—¿Tienes seis años?

—Sí.

—¡Magnífico! La profecía decía que vendría alguien de seis años.

—¿Qué profecía?

El hada abrió la boca para responder, pero un trueno resonó por todo el bosque.

El cielo se volvió gris. Las mariposas se escondieron bajo las hojas y las setas apagaron su luz.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Chispa—. Ven conmigo.

Bauma siguió al hada por un sendero. Cruzaron un puente de raíces y pasaron junto a un estanque donde los peces nadaban por el aire en lugar de hacerlo dentro del agua.

Por fin llegaron a un claro.

Allí las esperaban tres unicornios.

El primero era blanco y tenía una crin de colores. El segundo era pequeño, redondito y naranja. El tercero era alto, de pelaje negro y con el cuerno plateado.

—Ella es Bauma —anunció Chispa.

El unicornio blanco inclinó la cabeza.

—Bienvenida a Fantasía. Me llamo Luz.

—Yo soy Trueno —dijo el unicornio negro.

El más pequeño dio una vuelta alrededor de Bauma.

—¡Y yo me llamo Miel! ¿Sabes correr muy deprisa? ¿Te gustan las manzanas? ¿Has volado alguna vez sobre una nube? Una vez intenté morder un arcoíris. Sabe a jabón.

—¡Miel! —lo regañó Luz.

—¿Qué? Es información importante.

Bauma se rio, pero enseguida vio que los unicornios parecían preocupados.

—¿Por qué necesitáis a alguien de seis años?

Luz señaló una montaña que se alzaba detrás del bosque. En la cima había un castillo rodeado de nubes oscuras.

—Fantasía vivía protegida por la Gran Estrella. Su luz daba color a las flores, música a los ríos y magia a las hadas y los unicornios. Pero esta madrugada la estrella ha desaparecido.

—¿Alguien la ha robado? —preguntó Bauma.

—No lo sabemos —respondió Trueno—. Solo hemos encontrado unas huellas que se dirigen al castillo de las Sombras.

Bauma observó el castillo.

—¿Quién vive allí?

Los tres unicornios y Chispa se miraron.

—El Gigante de la Niebla —contestaron a la vez.

Bauma tragó saliva.

—¿Es muy malo?

—Es muy grande —dijo Chispa.

—Es muy gruñón —añadió Luz.

—Y tiene una puerta enorme —dijo Miel—. Las puertas enormes siempre esconden cosas importantes. O quesos enormes.

—No sabemos si es malo —explicó Trueno—. Nadie se ha atrevido a acercarse desde hace muchos años.

Otro trueno sacudió el cielo. Algunas hojas perdieron el color y cayeron de los árboles.

Bauma sujetó con fuerza la campanita.

Tenía miedo, pero también sabía que, si no recuperaban la estrella, aquel mundo maravilloso desaparecería.

—Vamos al castillo —dijo.

Luz se arrodilló para que Bauma pudiera subir a su lomo. Trueno y Miel se colocaron a su lado, y Chispa se escondió entre el pelo de la niña.

Los unicornios empezaron a correr.

Atravesaron el bosque a toda velocidad. Sus pezuñas casi nunca tocaban el suelo. Cuando llegaron al borde de un barranco, Bauma pensó que se detendrían.

Pero Luz saltó.

Durante unos instantes volaron.

Bauma vio todo el bosque bajo sus pies. Más allá había montañas de cristal, ríos dorados y pueblos con casas construidas dentro de calabazas gigantes.

Aterrizaron al otro lado del barranco.

—¡Otra vez! —gritó Bauma.

—Cuando hayamos salvado Fantasía —prometió Luz.

El camino fue estrechándose hasta que llegaron al río de los Susurros. El agua era de color lila y el puente había desaparecido.

—Antes había un puente de piedra —dijo Trueno.

Del río salió una voz:

—Para cruzarme me necesitaréis, pero antes algo me entregaréis.

Chispa se acercó al agua.

—¿Qué quieres?

—Un recuerdo feliz —respondió el río.

—Si te lo damos, ¿lo olvidaremos? —preguntó Bauma.

—No. Los buenos recuerdos crecen cuando se comparten.

Bauma pensó en un recuerdo. Tenía muchos: los abrazos de su familia, los juegos con sus amigos, las noches de cuentos…

Al final se arrodilló en la orilla.

—Recuerdo el día que aprendí a montar en bicicleta. Al principio me caía todo el tiempo, pero no me rendí. Cuando lo conseguí, sentí que podía llegar a cualquier lugar.

El río brilló. Del agua surgieron seis grandes nenúfares que formaban un camino hasta la otra orilla.

—Tu recuerdo habla de valentía —murmuró el río—. Podéis pasar.

Saltaron de un nenúfar a otro. Miel intentó beber un poco de agua y el río le hizo cosquillas en la nariz.

—¡Achís! —estornudó el unicornio.

De su cuerno salieron tres burbujas, un zapato y una rana con corona.

—Esto no me había pasado nunca —dijo Miel.

—Yo no he visto nada —aseguró la rana antes de saltar al río.

Cuando llegaron al pie de la montaña, el camino estaba bloqueado por un muro de espinas. Eran tan altas como árboles y se movían como serpientes.

Luz tocó las espinas con el cuerno, pero su magia era demasiado débil.

Trueno intentó abrirlas con su fuerza, pero cuanto más empujaba, más se enredaban.

Chispa esparció polvo de hada. Solo consiguió que las espinas estornudaran.

—Quizá no quieren que las rompamos —dijo Bauma—. Quizá solo necesitan que se lo pidamos.

La niña se acercó al muro.

—Espinas, debemos llegar al castillo para recuperar la Gran Estrella. ¿Nos dejaríais pasar, por favor?

Las espinas dejaron de moverse.

Una pequeña rosa floreció ante Bauma.

—Hacía mucho tiempo que nadie nos lo pedía con amabilidad —dijo la flor.

Las espinas se separaron y abrieron un túnel.

—¡Gracias! —exclamó Bauma.

—Vuelve cuando quieras —respondió la rosa—. Pero trae agua. Aquí arriba hace un calor terrible.

El grupo subió por la montaña hasta llegar al castillo. La puerta era aún más enorme de lo que habían imaginado. En la madera había soles, lunas y estrellas grabados.

Trueno dio tres golpes.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

La puerta se abrió lentamente.

Dentro del castillo todo estaba oscuro. Bauma hizo sonar la campanita y una pequeña esfera de luz apareció a su lado.

Avanzaron por un pasillo lleno de telarañas. Al final encontraron una sala inmensa.

En el centro estaba el Gigante de la Niebla.

Era tan alto que la cabeza casi le tocaba el techo. Tenía una barba gris, un abrigo lleno de bolsillos y unas botas tan grandes como barcas.

Entre sus manos sostenía la Gran Estrella.

—¡Suelta la estrella! —exclamó Trueno.

El gigante se volvió. Sus ojos eran grandes, pero no parecían enfadados. Parecían tristes.

—Marchaos —dijo con una voz que hizo temblar las ventanas.

—La estrella no es tuya —dijo Luz—. Sin su resplandor, Fantasía desaparecerá.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué la robaste? —preguntó Chispa.

El gigante miró la estrella. Una lágrima resbaló por su mejilla y se convirtió en niebla antes de llegar al suelo.

—Yo no la he robado. La encontré delante del castillo.

Bauma bajó del lomo de Luz.

—¿Por qué ha caído del cielo?

—Porque se estaba apagando —explicó el gigante—. La Gran Estrella se alimenta de las risas, los sueños y la amistad de los habitantes de Fantasía. Pero todos han dejado de compartir su magia. Las hadas solo viven con las hadas. Los unicornios solo corren con los unicornios. Los duendes esconden sus tesoros y las sirenas cantan solas.

La Gran Estrella parpadeó débilmente.

—He intentado darle calor —continuó el gigante—, pero vivo solo y no tengo suficientes recuerdos felices para encenderla.

Bauma se acercó a él.

—¿Por qué vives solo?

El gigante bajó la cabeza.

—Todos me tienen miedo. Cuando me acerco a un pueblo, las criaturas huyen. Hace muchos años que nadie llama a mi puerta.

Bauma miró a sus amigos. Habían ido hasta allí convencidos de que encontrarían a un enemigo, pero habían encontrado a alguien que necesitaba ayuda.

—Quizá podamos encender la estrella entre todos —propuso.

—¿Cómo? —preguntó Chispa.

—El río ha dicho que los buenos recuerdos crecen cuando se comparten.

Bauma puso una mano sobre la estrella y recordó el día de la bicicleta. Su valentía se convirtió en un pequeño rayo rojo.

Luz recordó la primera vez que había corrido bajo la lluvia. De su cuerno salió una luz azul.

Trueno pensó en sus amigos. Un rayo plateado se unió a los demás.

Miel recordó el día que había intentado probar un arcoíris. Su risa llenó toda la sala e hizo aparecer una luz naranja.

Chispa recordó que, aunque todavía estaba aprendiendo a volar, la reina había confiado en ella para llevar la campanita. De sus alas salieron cientos de puntos verdes.

Pero la estrella aún no brillaba lo suficiente.

—Falta tu recuerdo —le dijo Bauma al gigante.

—Yo no tengo ninguno.

—Seguro que sí. Busca uno pequeño.

El Gigante de la Niebla cerró los ojos.

Recordó una noche muy antigua en la que, desde la ventana del castillo, había visto una estrella fugaz. Había pedido un deseo: encontrar algún día unos amigos con quienes compartir su hogar.

El recuerdo salió de su corazón como una luz violeta.

Cuando todas las luces se unieron, la Gran Estrella se encendió.

Un resplandor inmenso salió por las ventanas, bajó por la montaña y se extendió por toda Fantasía. Los árboles recuperaron sus colores. Los ríos volvieron a cantar. Las flores se abrieron y las hadas sintieron de nuevo la magia dentro de sus alas.

La Gran Estrella se elevó y regresó al cielo.

El gigante sonrió.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Bauma.

Miel empezó a saltar.

—¡Fiesta! ¡Una aventura como esta necesita pasteles!

Aquella noche, todas las criaturas de Fantasía se reunieron delante del castillo. Había hadas, unicornios, duendes, sirenas con zapatos llenos de agua, dragones diminutos y pájaros con colas de estrella.

El Gigante de la Niebla preparó una mesa larguísima. Sirvió sopa de nube, galletas de luna y un pastel tan grande que Miel tuvo que subirse encima para colocar una cereza.

Nadie huyó del gigante. Al contrario, todos querían conocerlo.

—Puedes venir a visitarnos cuando quieras —le dijo la reina de las hadas.

—En nuestro prado hay sitio para unas botas tan grandes como las tuyas —añadió Luz.

El gigante lloró de alegría. Esta vez, las lágrimas no se convirtieron en niebla, sino en pequeñas estrellas.

Cuando terminó la fiesta, Chispa acompañó a Bauma hasta la puertecita mágica.

—¿Volveré a veros? —preguntó la niña.

—Siempre que Fantasía te necesite, la campanita sonará —respondió el hada.

Trueno y Luz se despidieron con una reverencia. Miel le dio a Bauma una manzana dorada.

—Es para el viaje. O por si encuentras un dragón hambriento. O por si tú tienes hambre. En realidad, no sé para qué sirve, pero es muy bonita.

Bauma abrazó a los tres unicornios y atravesó la puertecita.

Apareció de nuevo en el jardín de su abuela. El sol aún no se había escondido y parecía que solo hubieran pasado unos minutos.

—Bauma, ¿ya has encontrado piedras bonitas? —preguntó su abuela desde la ventana.

—¡Sí! ¡Y también he encontrado algo mucho mejor!

La niña abrió la mano para enseñarle la campanita, pero había desaparecido.

En su lugar estaba la manzana dorada.

Aquella noche, Bauma la dejó sobre la mesita. Antes de dormirse, miró por la ventana.

En el cielo había una estrella que brillaba más que todas las demás. A su lado pasó volando una figura diminuta que no sabía frenar.

—Hasta pronto, Chispa —murmuró Bauma.

Y, desde muy lejos, oyó una campanita.

—¡Tilín-tilín!